Perfil de las lideresas: el horizonte identitario

Quiero abordar el tema del perfil de las lideresas partiendo de una contradicción de la política en torno a las identidades: la dificultad de encontrar las semejanzas entre mujeres diferentes. La sociedad, a través de la cultura, refuerza las diferencias entre las mujeres y las coloca como obstáculos para la identificación política.

Las mujeres somos diferentes entre nosotras y esas diferencias son convertidas en obstáculos para la identificación positiva desde las ideologías dominantes. Eso marca toda nuestra acción, nuestra participación y todo lo que nos interesa hacer. Cada una es la que debe ser, pero ese ser le es presentado como un obstáculo para mirar a las otras. Para trabajar los liderazgos de mujeres tenemos que trabajar profundamente la identidad de cada una. Cada mujer que pretende liderear un proceso necesita re-elaborar su propia experiencia subjetiva. Pero esa necesidad muchas todavía la consideran como una necesidad de las otras, como si fueran ellas las que deben modificar una serie de cosas porque son inadecuadas, insuficientes, porque tienen problemas para la vida. El planteamiento como clave feminista es: todas, sin excepción, comenzando por nosotras misma necesitamos enfrentar quiénes somos, qué queremos y hacia dónde vamos. Esas son las claves de nuestras identidades.

Autoconocimiento, diferencia y semejanza de género

Y esas preguntas son ejes metodológicos para conocer la identidad. Cada una necesita reflexionar, decirse y contestarse con conocimiento, con profundo compromiso, quién soy, qué soy, qué quiero, qué debo, qué puedo, dónde estoy y hacia dónde voy. Un conjunto de preguntas que permiten ubicarse en el propio mundo. Eso ayuda para que cada una enfrente su propio proceso de liderazgo y como mujer inmersa en esta dimensión de la vida, con estos horizontes. También permite aprender a mirar a las otras mujeres. Quién no se ha mirado a sí misma tampoco puede mirar a las otras. Esta es una clave fundamental.

La fuente del conocimiento de género de otras mujeres está y pasa por el autoconocimiento, las mujeres que no provienen de una cultura feminista han aprendido a la inversa, sin mirarnos tratamos de mirar a las otras. Entonces, esta clave del conocimiento es importante porque no puede haber liderazgos entrañables y de nuevo tipo si no hay autoconciencia. Es un requisito fundante de estos liderazgos.

La otra clave es que debemos buscar entre nosotras las semejanzas e identificar de qué tipo son. Voy a decir una verdad de perogrullo, y es que las más semejantes a

las mujeres son las otras mujeres de este planeta tierra; nuestras semejantes están frente a nosotras, junto a nosotras, son las otras mujeres. Pero tenemos que aprender a desmontar un conjunto de prejuicios para poder desarrollar una conciencia de semejanza, que es la conciencia de género, y luego desarrollar la conciencia de la diferencia; por qué semejantes y diferentes a la vez. Pero hay que tratar de desmontar los obstáculos de la identificación positiva, que están funcionando entre nosotras y que nos impiden aproximarnos, reconocernos, simpatizar entre nosotras, empatizar entre nosotras.

Si pienso globalmente y tratara de encontrar la semejanza fundamental entre todas las mujeres del mundo, ésta sería la semejanza sexual. Eso es lo que nos hace más parecidas y entonces, la clave de todas las políticas de género parte de lo sexual. Y sobre esa semejanza está montado lo que llamamos el género; es decir, un conjunto de deberes, responsabilidades y prohibiciones atribuidas a las mujeres como si fueran una emanación de su sexo. Eso es el género, el conjunto de atribuciones simbólicas asignadas al sexo. En la teoría y la perspectiva de género sabemos que son construcciones sociales, que todo eso se aprende. Es normado, formado social y culturalmente. Entonces, no solamente somos semejantes por nuestro sexo sino también por nuestro género. Y el género es la clave política entre las mujeres de todo el mundo.

Lo que nos hace semejantes no es que en unos países las mujeres borden y en otros no, que en algunos países escriban y en otros no, o que en unos países barran y en otros no. La semejanza política está en la historia de la opresión de las mujeres, lo que nos hace semejantes es que compartimos una historia compleja, en la cual, por el simple hecho de ser mujeres vivimos formas de opresión económica, social, cultural, jurídica, política y sexual. Eso es lo que nos hace semejantes a las mujeres de todo el mundo y lo hemos vivido de distintas formas, con especificidades nacionales, regionales, locales. Se nos ha considerado seres inferiores, y se nos ha colocado en un rango de inferioridad social y no solamente ideológica; no son sólo creencias o mitos, son condiciones sociales económicas y políticas realmente inferiores.

También somos semejantes por haber padecido como mujeres, y seguir padeciendo, formas de discriminación específicas. La discriminación quiere decir trato desigual, implica haber recibido maltrato por ser mujer, aunque sea maltrato cortés y galante –porque hay muchas formas de maltrato–. Y al maltratarnos como seres inferiores nos colocan en posiciones de exclusión de espacios, especialmente de aquellos que socialmente colocan a las personas en condiciones para acceder a recursos; hemos sido excluidas de esos espacios una y muchas veces. También hemos sido excluidas de los espacios donde se toman las decisiones sobre nuestras vidas, y nos han marginado; es decir, no han colocado al margen de procesos significativos para nuestras vidas.

Reconocer la expropiación genérica

Hemos sido expropiadas en primer lugar, y quiero citar a mi maestra Franca Basaglia, de nuestros cuerpos. Los cuerpos de las mujeres no les pertenecen a ellas

sino a las instituciones, las iglesias, a los estados, pertenecen a instituciones sociales como la familia o la pareja y a los hombres. Podemos afirmar hipotéticamente que en el patriarcado cualquier hombre puede apropiarse del cuerpo de cualquier mujer a través de la violencia, y como nosotras no somos un puñado de músculos, huesos y neuronas fragmentadas, sino que somos seres humanas, al apropiarse de nuestros cuerpos se apropian también de nuestra subjetividad. Esa condición opresiva sexual es la marca patriarcal sobre las mujeres. Pero se apropian, más bien nos expropian muchas otras cosas, por ejemplo nuestro trabajo. Por eso hay una semejanza histórica entre mujeres de culturas y pueblos distintos, porque el trabajo de las mujeres no forma parte del trabajo pagado, considerándose un hecho natural y no civilizatorio. En teoría de género llamamos a esto el trabajo invisible.

Todo lo que hacemos las mujeres se considera nuestro deber natural y no forma parte de la conciencia, de lo que transforma a la sociedad, aunque sea nuestro trabajo mal pagado, el que es visible y reconocido. Todas estas características hacen que la semejanza esté más allá de lo sexual, es la semejanza de género. El papel del trabajo y de la sexualidad, el considerar inferior nuestra subjetividad, nuestra conciencia, nuestra inteligencia, todos estos elementos y muchos otros, prefiguran la semejanza de género.

En la semejanza de género política hay algunos elementos importantes, uno de ellos es la pobreza de género, que es una condición económica de las mujeres en todo el mundo, aun de aquellas que pertenecen a clases sociales altas. En otras palabras, las ricas son pobres. Por género, hasta las ricas son pobres. Generalmente, cuando analizamos a la sociedad sin una perspectiva de género sólo vemos la pobreza de clase, solamente relacionamos la pobreza económica con la clase social, pero no relacionamos la pobreza con el género. Y necesitamos identificar un rasgo económico de género que atraviesa a las mujeres de todas las clases sociales. La pobreza de las mujeres ricas es relativa. Están ubicadas en una posición social de acceso a bienes, a recursos, a condiciones de vida importantes pero no son propias; ellas están colocadas en posición de beneficiarias de otros, que son los poseedores de la riqueza, los poseedores del estatus, el prestigio, el rango y el poder político. Todos esos elementos componen el nicho de la pobreza o la riqueza.

Todas las mujeres de las distintas clases sociales somos relativamente más pobres que nuestros parientes, que nuestros hermanos, que nuestros maridos, somos más pobres que nuestros novios; y luego, como además creemos que somos iguales, queremos invitarlos. Somos más pobres, tenemos menos recursos, menos acceso a los recursos, aunque tengamos posiciones sociales más o menos buenas para vivir. La pobreza de género es un rasgo de semejanza política entre las mujeres, porque el acceso a los recursos, al capital financiero, al crédito es enormemente desigual entre mujeres y hombres, la pobreza de género abarca a las mujeres de una manera contundente.

Otra característica de la semejanza política basada en la opresión es que las mujeres hemos estado excluidas políticamente. Todas hemos vivido procesos para intentar la inclusión política de las mujeres. Para volver a los términos de la teoría diré que las mujeres hemos sido expropiadas políticamente, otros se han autodesignado como entes políticos y se han apropiado de los espacios poniéndoles una marca

sexual. Para ingresar a esos espacios a los que se les ha puesto una marca de género, es preciso ser hombre y tener los atributos del poder masculino.

Ese conjunto de hechos nos permite encontrar semejanzas, pero también debemos preguntarnos en qué grado. Todas las mujeres estamos sujetas a padecer opresión de formas distintas, unas un poco más en el entorno inmediato, otras en el entorno social, pero todas estamos sujetas a formas de inferiorización, discriminación, exclusión, marginación y expropiación, las cinco claves de la opresión de género. Repito. La inferiorización legitima todas las demás formas de opresión; somos explotables porque no servimos, somos invisibles porque somos inferiores, no podemos ser ciudadanas, y estamos colocadas en un rango social más abajo que los hombres. En la jerarquía de género estamos colocadas como bloque en un rango de inferioridad y los hombres, por el sólo hecho de serlo, están colocados en la superioridad de género dentro de la jerarquía social. Pero además, nos inferiorizan y nos excluyen, o peor, nos inferiorizan para excluirnos. Hay una intencionalidad política en ello. Nos inferiorizan y excluyen para expropiarnos el cuerpo, la sexualidad, el trabajo, hasta los sueños, las ideas, la capacidad creativa, la fantasía maravillosa y hasta la alegría.

Todo lo que somos, creamos e inventamos es expropiable mientras estemos colocadas en posición de expropiación. Por otra parte, nos discriminan y marginan. No es lo mismo opresión que discriminación; están en rangos distintos. La discriminación es una parte de la opresión, la inferioridad es una parte de la opresión, la categoría más abarcadora es la opresión de género y está conformada por todas las otras que mencioné. Dos componentes prácticos de la inferiorización son la subordinación y la subalternidad, subalterna y subordinada.

Si no encontramos más semejanzas de las que ya tenemos, quiere decir que hay una historia marcada por la forma en que las mujeres hemos vivido este conjunto de hechos, cómo los hemos enfrentado, cómo y por qué hemos tenido que responder a retos de la vida. Por ejemplo, la violencia, que es el recurso de control político de las mujeres. No solamente es que suframos o seamos víctimas de violencia, es que también estamos sujetas a la violencia para existir. Y no me pregunto si las mujeres viven la violencia, eso ya lo sabemos, lo que debo preguntarme es qué tipo de violencia, cómo, con qué grado de daños, con qué profundidad, con qué marcas. Yo sé que todas vivimos violencia de género, porque si no la he vivido personalmente, entonces ha sido porque soy mujer y observo cuando otras mujeres son violentadas. La violencia patriarcal es tan perversa que cuando daña a una mujer se generaliza a todas, y muchos violentos cuando verbalizan su violencia lo enuncian como: "*estas mujeres*", "*eres como las otras*". El discurso verbal de la violencia es un discurso de género. Se daña a una para dañar al conjunto, y los violentos han asimilado y estructurado mucho eso en su subjetividad.

En cambio, para muchas mujeres que no tenemos conciencia de género este punto todavía no está muy claro. Son otras las mujeres a las que les pegan, a las que exhiben como mercancías en las pasarelas, a las que atacan en las

calles; son otras las mujeres abusadas en sus casas, las incestuadas, las que son abusadas en su trabajo. La clave patriarcal es la ceguera. No quieren que nos enteremos que al dañar a unas nos dañan a todas. Pero nosotras, con ojos feministas, ya lo sabemos y cuando vemos una mujer, vemos una congénere, no sólo es mi connacional, mi compatriota, mi colega, o mi compañera porque puede que pertenezca a otra nación, puede ser que no sea mi colega porque no tengo asuntos empresariales y de actividad con ella; pero es mi congénere porque tengo un conjunto de semejanzas con ella y con todas.

Compartir la contemporaneidad

La clave identitaria que podemos compartir todas las mujeres que vamos a esperar y festejar la llegada de este siglo, es que somos contemporáneas, y eso nos involucra en una dinámica subjetiva para encontrar las semejanzas de las contemporáneas. Ser contemporánea puede ser un enorme piso de identificación entre las mujeres; ser contemporánea significa vivir en una misma época, el tiempo es lo que nos hace semejantes, vivir en esta época y no en otra. Soy contemporánea con todas las que están vivas en este momento, en este mundo; soy contemporánea con mujeres de cien años que han vivido un siglo y también de criaturas que están naciendo y que van a ser del otro milenio. Esas son nuestras contemporáneas, abarcan un rango de un siglo atrás y un siglo adelante. Pensémonos como mujeres de esta época.

¿Las que tienen hijas se las imaginan como contemporáneas?, ¿Imaginan que tienen, en parte, vidas muy jodidas?, ¿Se las imagina como ciudadanas?, ¿Pueden comprender sus anhelos de libertad, sus dudas, su confusión, su incertidumbre o su asertividad? A ver las abuelas, ¿Se sienten contemporáneas de sus nietas? El vínculo con las nietas es que cierra los dos siglos, es una relación que guarda una gran inmensidad cultural porque la que tiene una historia de mujeres que vivieron en otra época tiene también un cúmulo de historia; esa relación de enganche forma parte de lo que en antropología de género llamamos las cadenas de género, el eslabón histórico y trascendente de memoria. El punto es qué es lo que la bisabuela le va dar como claves a sus bisnietas. Nosotras hemos tratado de construir la ciudadanía pero no la tenemos del todo, y esa ciudadanía condensa todos nuestros anhelos para la vida.

Entonces, una clave de las contemporáneas es trabajar nuestras identidades para los liderazgos y para la vida con capacidad de ser profundamente actuales. Muchas mujeres que han perdido parte de sus mundos, parte del pasado, tienen la tendencia nostálgica de volver a él y querer reproducirlo. Son esas mujeres que afirman que todo tiempo pasado fue mejor, que antes era más bonito, que era una época maravillosa, que antes las mujeres no hacían tantas necedades como ahora. Ese tipo de enunciados corresponden a personas que obstaculizan su actualización. Pero necesitamos ser actuales, y actualizarnos. Este es el tiempo presente y más allá de la memoria y la imaginación, es lo único que tenemos.

Y estar actualizadas es una necesidad porque las contemporáneas no sólo vivimos formas de opresión, también somos constructoras de alternativas, unas a nivel micro y otras a nivel macro, pero esta es una semejanza y una clave política de

género importante, positiva, no opresiva. Las contemporáneas tenemos un pie en la opresión y otro en las alternativas –espero que podamos avanzar un paso cada día hasta sacar el pie de la opresión y conducirlo a través de las alternativas a espacios de vida no opresivos–. A nivel mundial las mujeres estamos construyendo alternativas para nosotras, la sociedad y la cultura. Por eso dije antes que estamos haciendo procesos civilizatorios con conciencia y voluntad, los atributos subjetivos que el patriarcado nos había expropiado a las mujeres. Y coincidimos con las mujeres inuit que viven en Alaska y que están inventando turismo ecológico con perspectiva de género, coincidimos con ellas en conciencia y voluntad de inventar alternativas incluyentes para las mujeres.

Las excluidas nos auto-incluimos y creamos pisos de inclusión para otras mujeres. Incluirnos es una clave política de género presente en todo el mundo, buscamos resquicios, inventamos espacios, construimos espacios para incluirnos, y si no nos aceptan, hacemos espacios paralelos. Si los espacios tradicionales están muy apretados y cerrados entonces, los modificamos. Esas somos nosotras y nuestras congéneres contemporáneas, mujeres constructoras de alternativas. Mujeres que hemos hecho cosas extraordinarias, filosóficamente hablando, que hemos logrado realizar las utopías de poco a poco, y éste es un cambio civilizatorio.

Muchas personas piensan que los cambios se producen con eventos extraordinarios, con irrupciones, con procesos que efectúan cambios de un día para otro y entonces llegamos al paraíso terrenal. Pero la historia moderna de las mujeres es distinta, es la historia de la transformación permanente del mundo; es una propuesta política distinta a las hegemónicas, se trata de la transformación cotidiana del mundo y de las condiciones para la vida. Por eso somos muy cercanas a mujeres distintas, porque compartimos esa invención del mundo, esa capacidad creadora, la capacidad de alumbrar al mundo.

También nos caracteriza que a pesar de la opresión tenemos algunos derechos construidos por mujeres que nos antecedieron y nos los han heredado; somos herederas –otra clave de las contemporáneas–, somos beneficiarias de mujeres generosas que se dieron cuenta que cambiar ellas solas no bastaba e hicieron cambios trascendentes para nosotras. Es decir, nos construyeron un piso de vida para desplegarnos y tener mejores condiciones de vida; ese piso de vida se llama derechos, oportunidades, inclusión civilizatoria, recursos, por eso no se vale que los desperdiciemos.

Veamos cuantas claves poseemos las contemporáneas: pertenecemos a una historia civilizatoria y liberadora, somos herederas y además, somos portadoras. No sólo heredaremos sino que portamos bienes, recursos, oportunidades para nosotras y para otras. Eso implica un posicionamiento de enorme compromiso, un compromiso histórico –como diría Gramsci–, y un compromiso de horizonte.

El sincretismo de género: "cautivas emancipadas"

Pero ahora, quiero hablar sobre otras características de las contemporáneas. Todas las contemporáneas todas somos sincréticas, que quiere decir mezcla, combinación;

sincretismo, es un concepto que usamos en antropología para referirnos a aquello que reúne varias culturas. Por ejemplo, decimos que en América Latina todas las culturas son sincréticas, porque provienen de pueblos distintos, de tradiciones diferentes que se han mezclado a lo largo de los siglos, y el producto ya no es ni una cosa ni la otra, es una mezcla. Este concepto también se utiliza mucho en arquitectura.

Entonces, lo indígena es una mezcla, también la mezcla étnica, la cultural, y ahora, la mezcla de género. Todas las contemporáneas somos unas mezcladas de género, es decir, cada una de nosotras sintetiza de manera única una combinación de ser mujer tradicional y mujer moderna. Más todavía, cada una de nosotras sintetiza una mezcla de subjetividad patriarcal y subjetividad emancipatoria. Lo voy a repetir utilizando mi propio lenguaje: las modernas, las contemporáneas somos cautivas emancipadas. Imaginen la película de cada una y las formas en que se siente atrapada todavía, en redes, obligaciones, imposiciones patriarcales; pero también en que se siente emancipada, con ciertas libertades y recursos. Y tenemos un doble sincretismo, por un lado vivimos el ser mujer de formas muy tradicionales, conservadoras, costumbristas, casi folclóricas - somos un folclore de género -, y al mismo tiempo, vivimos nuestro ser mujer innovando, adquiriendo, transformando muchas cosas, cambiando; somos mujeres de la modernidad y en parte vivimos como las mujeres que son modernas.

Ahora bien, quiero explicar a que me refiero cuando hablo de subjetividad. La subjetividad es la dimensión que abarca nuestra conciencia y nuestro inconsciente. En la subjetividad está la conciencia pero también está lo inconsciente –la parte patriarcal está ahí, entonces imagínense lo que nos cuesta llegar a esa roca–, están nuestras concepciones del mundo y de la vida, cómo pensamos la vida, nuestra manera de ver la vida, nuestras creencias y aquello en lo que no creemos, el conjunto de valores con los que vivimos, el conjunto de normas, deberes, prohibiciones, todo lo que son normas para la vida. Pero también forman parte de la subjetividad nuestras formas de comportamiento, las actitudes, las respuestas, las reacciones, y también las acciones; nuestro imaginario, nuestra fantasía, nuestros lenguajes, los lenguajes del cuerpo, los lenguajes verbales, los lenguajes estéticos. Nuestra subjetividad es todo eso y más.

También forman parte de ella nuestros afectos, nuestras emociones, nuestros impulsos, nuestras capacidades intelectuales, nuestras destrezas, habilidades e inhabilidades, también. Parte de nuestra subjetividad son nuestros conocimientos e interpretaciones, también nuestra ignorancia. Por eso cuando digo que en parte tenemos subjetividades patriarcales me refiero a que tenemos creencias, valores, conocimientos, ideas de la vida, normas muy estrictas y profundamente patriarcales, pero al mismo tiempo tenemos valores, creencias, ideas, actitudes menos afirmadas, emancipatorias. Siempre la parte patriarcal está mucho más asentada, solidificada, legitimada, y además, encuentra consenso.

¿Qué nos produce el sincretismo de género?. Entre otras cosas, la necesidad de movernos, de hacer algo. Internamente produce movimiento subjetivo, no estamos estáticas. Una parte choca con la otra porque a veces lo tradicional es antagónico de lo moderno, y en lo interno lo patriarcal choca con lo emancipatorio. Y cada

mujer contemporánea, aunque no sepamos su nombre y esté parada en la estación de un pueblo que no conocemos, sabemos que es una mujer sincrética, viviendo agudas, profundas y complejas contradicciones internas. A ese conjunto de contradicciones les llamamos escisión de género.

La escisión de género quiere decir ruptura. En ciertos momentos de nuestras vidas cualquiera de nosotras ha sentido rupturas internas que a lo mejor ha superado o aun está viviendo, porque la escisión a veces se supera y a veces no; cuando es muy dramática produce una sensación de herida. Mientras más opresiva es la vida de las mujeres contemporáneas y más anhelos emancipatorios tienen, más dolorosa es la escisión. La conciencia duele. Y los que no nos entienden preguntan para qué andamos en todo esto, sobre todo cuando estamos muy escindidas, muy conflictuadas, muy lastimadas.

Enfrentar la escisión de género

Los procesos internos se resuelven de dos maneras: interna y externamente. Tenemos que enfrentar esa escisión como una clave de los liderazgos de las mujeres. Nosotras trabajamos con lo más precioso de este mundo que son las vidas de otras personas; trabajamos, aportamos, tratamos de contribuir a la vida de otras personas, y en el caso de las mujeres en concreto, debemos saber que lo que hacemos tiene que buscar cómo eliminar formas antagónicas de escisión y no aumentarlas. Lo que hacemos con nuestras acciones prácticas, nuestros proyectos, nuestras políticas públicas, es contribuir en parte, a que cada mujer deje de vivirse partida internamente. Pero eso también tenemos que enfrentarlo con condiciones externas: condiciones sociales, económicas, políticas, y todo aquello que permite salir de la opresión y asumir condiciones "vivibles" de vida. Eso es lo único que elimina la profunda escisión de género.

Por otra parte, necesitamos modernizarnos, porque la contradicción entre tradición y modernidad no nos ayuda a vivir. Y modernizarnos significa acceder a los recursos de la modernidad tales como los derechos, la ciudadanía, el conjunto de recursos técnicos, los recursos sociales para desplegar la vida, los recursos económicos, los recursos políticos, etc. Entonces, una clave importante para los liderazgos entrañables que queremos vivir, apoyar, desarrollar y que nos urgen a las mujeres, es que cada mujer, donde quiera que esté y haga lo que haga, asuma la conciencia de su ser de género. Pero también que cada una de nosotras asuma la responsabilidad que tiene donde está colocada, aunque haya llegado a una institución sin querer, porque la pusieron allí; que la asuma también la que hasta antes de ayer no tenía interés en las mujeres, a la que le interesan mucho pero no sabe como, a la que se siente que lo que hace no tiene importancia porque es muy chiquito y muy pequeño, en fin, todas. Porque es una oportunidad de vida para contribuir a eliminar la opresión de género. Es una oportunidad.

Lo voy a decir desde la perspectiva histórica: las oportunidades no son eternas, pasan y se van, desaparecen si no las aprovechamos. Si creamos una institución y no la aprovechamos en las funciones que puede cumplir, estamos haciendo un derroche imperdonable. Si estamos en una institución, en posición de influir con

acciones para eliminar la opresión de género y no lo hacemos, estamos atentando contra nosotras mismas. Ahora, si adquirimos esta conciencia, si la desarrollamos como base de nuestro liderazgo podemos aportarla a otras; pero si no creemos tampoco lo podemos transmitir a otras mujeres. Estamos para eliminar opresiones e individualmente, con cada mujer –voy a usar un concepto de la cirugía, porque a veces somos médicas y cirujanas del alma–, necesitamos contribuir a suturar sus heridas, a reparar socialmente los daños que la opresión de género deja en ellas.

La mayor parte de las instituciones contemporáneas que en el mundo tienen políticas de género lo que están haciendo es oponerse con resistencia a la violencia de género y reparar a las mujeres violentadas, no dejarlas en condición de desecho humano. Pero además están tratando de abrirles espacios, tratando de obtener y generar recursos para ellas. Esas son formas de enfrentar la opresión y las escisiones.

Otro elemento interesante y simbólico, es lograr la valoración de género de las mujeres, pero no una valoración subjetiva, sino una valoración jurídica, porque como somos modernas todos los avances tienen que ser legales. Y citaré a las mujeres del siglo XVIII, a Olimpia de Gouges que decía: "no estamos contra la ley, estamos por leyes democráticas"; entonces, nosotras en la tradición histórica de la causa de las mujeres no somos ácratas, no somos alegales y tampoco está en nuestra tradición la marginalidad jurídica. Al contrario, cada avance tiene que estar concretado en leyes porque, teóricamente, son el único espacio jurídico de observancia obligatoria. El paso siguiente es que debemos construir el soporte social para que las leyes sean vigentes, y el soporte cultural para que también se acompañen de creencias, afectos, anhelos, actitudes y no choquen con nuestras tradiciones y creencias. Hay que modernizar la cultura para que se produzca una sintonía entre creencia, ley y valores. Por eso para nosotras el camino es complicado, por eso las luchas de las mujeres se dan en muchos frentes, muchos espacios, desde lo concreto inmediato hasta lo jurídico político en el estado; entonces, la relación entre lo local y lo global no está en que una haga una algo en un espacio pequeño, sino que tenga el contenido de la agenda política. Ahí es donde se produce la relación.

El poderío como alternativa

¿Qué es lo que nos proponemos?. Ayer hablé del empoderamiento que es un concepto vigente, reconocido y aceptado por las políticas públicas e instituciones. Ahora quiero juntar la idea del empoderamiento con esta condición de las contemporáneas, como mujeres sincréticas, que vamos en pos de la modernidad, y en ese sentido, lo que buscamos –y eso asusta a mucha gente porque cambió el lenguaje de las mujeres–, es el poder. No nos proponemos liderazgos para tirar a la basura, para sentirnos bien; nos proponemos liderazgos porque nos urgen, porque las mujeres de todo el mundo estamos en situación de emergencia y nos urge construir individual y colectivamente lo que llamamos el poderío de las mujeres. Muchos movimientos políticos y sociales de las mujeres en este siglo han planteado que las mujeres queremos el poder y mucha gente se ha asustado.

Para hablar del poder yo prefiero utilizar el concepto de poderío porque permite diferenciarlo de otras formas de poder y explicar qué tipo de poder queremos las

mujeres. Primero mencionaré de qué no se trata. Los movimientos sociales y políticos de mujeres han ido elaborando como alternativa, una verdadera alternativa, un tipo de poder que a su vez permita eliminar el poder de dominio en la sociedad, particularmente el dominio de género. Se trata de eliminar poderes autoritarios, el poder como abuso, el poder de lastimar a otros, el poder de expropiar las posibilidades de vida de las personas. Las mujeres no queremos los poderes establecidos, sino otras formas de poder que nos permitan desarticular poderes enajenantes, destructivos y opresivos que están vigentes en nuestras sociedades.

El poderío entonces, es el conjunto de poderes para el desarrollo personal y colectivo basado en la cooperación solidaria entre personas, instituciones, estructuras, organizaciones, etc. Esto sintetiza la propuesta paradigmática de la que hablé antes cuando decía que estamos a favor de la democracia y el desarrollo humano sustentable. En términos políticos esto es: necesitamos un conjunto de poderes para el desarrollo personal y colectivo. El parámetro es eliminar la opresión de un lado, y construir la ciudadanía de las mujeres, del otro. Esos son los polos de ese poderío.

Cuando decimos que queremos poder, muchas personas piensan que queremos el poder tal como está y eso les provoca miedo porque creen que vamos a vengarnos, existe un miedo colectivo a la venganza de las mujeres. Quiero nombrar esos miedos: les da miedo que las mujeres usemos los poderes de la misma forma en que los usan contra nosotras, piensan que vamos a violentar, a usar y abusar del individualismo, que vamos a ser excluyentes, que vamos a maltratar, a quitar; en fin, piensan el mundo al revés. Por eso una de las claves de los liderazgos es transmitir de forma clara y puntual qué es lo que en realidad queremos y lo que no queremos en la formación política de las mujeres. Y para hacer la crítica del poder establecido necesitamos recursos porque si no, cuando ocupamos posiciones de poder, simplemente nos instalamos en las maneras tradicionales del poder. Por eso, para que las mujeres no usen los poderes de forma tradicional tenemos que desarrollar una conciencia política diferente entre nosotras.

En esta propuesta política no está contemplado tener el poder para hacer daño y a ese conjunto de poderes los hemos denominado como poderío vital. El poderío vital de las mujeres sólo puede desarrollarse junto con la democracia. Por ejemplo, podemos analizar lugares donde las mujeres tienen mejores condiciones de vida, mayores oportunidades, más derechos; no son cualquier tipo de sociedades sino aquellas en las que se han desarrollado procesos democratizadores que han abarcado a las mujeres. En estos casos los procesos democráticos no han ocurrido al margen de las mujeres, más bien la democracia ha pasado por ellas y las ha incluido. De eso ha resultado que al incluir a las mujeres se ha potenciado la democracia.

Existen investigaciones sobre países pobres con avances importantes para las mujeres. Esto nos rompe el esquema de que en los países ricos las mujeres tienen mejores condiciones de vida; en realidad, las mejores condiciones de vida se logran cuando hay una intencionalidad política para incluir a las mujeres en los procesos.

En mi libro sobre género y feminismo hay ejemplos de países que al analizarlos sin perspectiva de género pueden presentar altos niveles de desarrollo, pero cuando

los sometemos a un análisis bajo la óptica de género las cosas cambian, porque las condiciones de vida de las mujeres no son óptimas y hay una brecha de inequidad entre ellas y los hombres. Uno de estos casos interesantes es Japón. Este es uno de los países con más alto desarrollo técnico, económico y estructural. Tiene industria nuclear, industria pesquera alimentaria, un alto consumo de alimentos nutritivos per cápita, una gran cantidad de indicadores del desarrollo tradicional moderno. Pero si analizamos todo ese desarrollo observando donde están las mujeres y los hombres entonces, ese desarrollo elevado se viene abajo porque no hay democracia de género y porque las mujeres no acceden a los beneficios del bienestar, a la calidad de vida del desarrollo. Las mujeres tienen una sobrecarga de vida, hay muchos amarres que impiden su ciudadanía plena y están excluidas de los espacios de poder en el estado, en el gobierno, en la empresa, en los partidos políticos tradicionales; incluso en las mafias económicas ligadas al tráfico de drogas, de armas, de mercancías y de personas. Japón es uno de los países por donde pasa el tráfico de niñas en Asia. Eso desmorona el desarrollo del Japón.

En algunos otros países del ex llamado Tercer Mundo ocurre a la inversa. Han apostado a procesos de incorporación de las mujeres, a procesos educativos que han logrado mejorar sus condiciones de vida y su participación en la toma de decisiones, aunque son países pobres que no tienen los altos ingresos per cápita y carecen de instalaciones avanzadas en infraestructura, pero que han destinado un porcentaje importante del producto interno bruto para la educación de las mujeres. Y como en cadena, eso permite una participación política con calidad. Este es el caso de los nórdicos que, a lo mejor, no tienen un índice per cápita tan alto, no tienen ese desarrollo, algunos no tiene bomba atómica ni submarinos nucleares, pero tienen desarrollo más democrático entre las mujeres y los hombres. Esto ha sido parte de sus reformas sociales para incorporar equitativamente a las mujeres en procesos de educación, salud y avance en el desarrollo personal. Entonces, si observamos estos países con el prisma del género veremos que tienen mayor desarrollo de la democracia genérica y ofrecen mejor calidad de vida a las mujeres. Si queremos mejor calidad de vida aprendamos como han hecho. Una de las claves políticas es no postergar para después los cambios de género sino democratizar e impulsar el desarrollo con una perspectiva democratizadora de género.

En resumen, los cambios de género no son posteriores a nada, se realizan dentro de los procesos o no se hacen. Esa es una enseñanza extraordinaria en la práctica histórica.

En muchos otros procesos nos han dicho que los temas de género no son prioritarios, que las mujeres no tienen un alto índice de consumo en esa región y por lo tanto, no interesan, que las mujeres no participan electoralmente y por eso no hay que ocuparse de ellas. Otra cosa que nos han dicho es que: "esos cambios que ustedes quieren son consecuencias de otros procesos que hay que impulsar primero". Es decir, utilizando recursos comparativos como si hubiera igualdad, se pospone cualquier acción hacia las mujeres.

Lo de los conflictos de género es todo un tema que deberíamos de discutir. Existen muchos conflictos de género que no los inventamos nosotros; existen incluso donde se supone que no hay, lo que sucede es que cuando estamos en este tipo de

procesos los conflictos se visibilizan, se alumbran, se ven, afloran porque estaban sumergidos, ocultos o sujetos a la ley del secreto y el control. Lo que tenemos que saber es cómo manejarnos en esos conflictos en una doble vía: al intervenir en el conflicto y en lo que esa intervención nos genera a nosotras. Son dos capacidades diferentes que debemos aprender y desarrollar. El tema de la escisión es un tema muy interesante, ha habido procesos en los que hemos participado y que nos han producido desgarramientos internos y heridas profundas; si nos pensamos feministamente, de lo que se trata es salir y para eso hay una serie de normas éticas que nos pueden ayudar a pensar el tema.

La agenda política y la globalización

Cuando planteo la categoría de contemporáneas, estoy planteando las bases para tener una agenda global de las mujeres. Cuando digo que debemos resignificar nuestra identidad de género, estoy planteando las bases para un sujeto histórico mundial: las mujeres. Y si planteo la contemporaneidad como una condición de género temporal que nos ubica en el mundo moderno, parte de lo que nos constituye es la globalización. La medida depende de cómo estemos articuladas en los espacios nacionales, locales y regionales, pero el tema de la agenda política global de las mujeres se sustenta con el reconocimiento de nuestra semejanza de género, por eso podemos tener y construir como lo hemos hecho, una agenda global.

La agenda política de las mujeres ha sido construida en procesos históricos aislados antes de la globalización, ha sido construida en los recorridos locales, nacionales y regionales de los movimientos de mujeres desde hace dos siglos y ahora, hasta el fin del siglo XX, las mujeres nos encontramos en el piso de la globalización. Los insumos para esa agenda política global ya los teníamos antes. Entonces, lo local no solamente es un supuesto ideológico sino también histórico; fueron las mujeres quienes lucharon concretamente, en México por ejemplo, dentro del proceso ilustrado liberal que se vivió hace más de un siglo por la igualdad educativa entre mujeres y hombres, de ahí vengo yo. Ahora bien, esa experiencia local hoy confluye porque en Australia también se luchó por lo mismo pero en otra época, y en Nicaragua también. Así, las mujeres nos vamos encontrando en ítems políticos que tienen una tradición histórica muy diferente en nuestros países, y esa es la forma en que se ha concretado lo local, convirtiéndose en global. Lo global no es algo que exista, es algo que se construye; las mujeres hemos ido construyendo la dimensión global de género desde lo local, lo concreto, desde los movimientos específicos, las necesidades puntuales, las políticas públicas, las acciones, la organización de las mujeres. Todo esto ha ido construyendo en la confluencia eso que llamamos lo global.

Pienso que la globalización ha favorecido enormemente a las mujeres; vista desde otro lugar es nefasta, difícil y excluyente, pero a nosotras nos ha intercomunicado, nos ha encontrado, nos ha permitido desarrollar lenguajes compartidos que hoy se llaman agendas políticas de mujeres con procesos de vida diferentes que hemos identificado una causa común. Entonces, la globalización y el género es un tema interesante porque permite ver como se construye lo global; nosotras somos

copartícipes de la globalización al encontrarnos, al comunicarnos, al plantearnos agendas políticas compartibles. Luchas políticas, acciones específicas, que desde la globalización regresan a lo local. La dialéctica entre lo local y los espacios de globalización es muy compleja, pero para nosotras ha sido importante pues ha posibilitado desarrollar la tolerancia entre las mujeres, que es una clave política.

Si existe un paradigma posible, un proyecto y un conjunto de acciones hacia un lugar, en un sentido, es porque hay globalización. Y es una alternativa a la globalización neoliberal porque contiene posiciones políticas, ideológicas y estructurales distintas. En el caso de las mujeres, de los movimientos de mujeres y el feminismo estamos del lado de los procesos democratizadores de la globalización, de los procesos de desarrollo para la vida. Ese es el paradigma al que pertenece el feminismo como horizonte histórico y cultural. Desde luego, muchas mujeres en lo concreto tienen la conciencia de que la globalización es nefasta porque la analizan desde el punto de vista de la perspectiva neoliberal y no desde la perspectiva de las mujeres y el enfoque de género.

En el fondo, la pregunta es: ¿qué favorece al adelanto de las mujeres? Y en verdad que nos favorece, pero también nos lastima y excluye a mujeres. Pero la globalización no es una entidad de un solo color, es un conjunto de procesos globales de comunicación e interacción que reducen la distancia y articulan a países, regiones, pueblos y aldeas que no estaban vinculados entre sí. Entonces, no es que la globalización sea mala o buena por sí misma sino cuáles son los contenidos de las políticas, acciones y procesos que se dan a través de ella.

La globalización neoliberal nos lastima porque es excluyente, porque impone formas de sobre-explotación, porque excluye de la ciudadanía a millones, porque hace invivible la vida para millones de personas. También porque hay países que se consideran incosteables, poblaciones que en las políticas de población se considera residuales o desechos. Desde esa perspectiva las políticas globalizadoras neoliberales son depredadoras de las condiciones de vida para la mayoría de las personas, son excluyentes, actualizadoras de formas tradicionales de opresión y explotación. Pero en ella también están actuando e interactuando procesos civilizatorios de aculturación positiva, de renovación de la vida, y ahí se producen luchas políticas por impedir, obligar, imponer, oponer, avanzar, resistir. Entonces, tenemos que pensar la globalización como un espacio en el que se establece una lucha que todavía es muy desigual y que no se da fuera de lo local; lo global acontece en lo local, pero no todo lo local está en lo global; todo lo local marginado en lo global, está excluido de las posibilidades y los beneficios, de los recursos de la globalización, pero a causa de la exclusión neoliberal. El panorama es complejo, pero podemos tener una perspectiva preguntándonos en qué nos ha permitido avanzar la globalización, cómo hemos ocupado los espacios y en qué nos ha afectado.

La marca identitaria de ser pioneras

Sigo ahora con el tema del perfil. Las identidades políticas tienen un común denominador en muchas de nosotras, y es que somos pioneras. Esa experiencia de ser pioneras tiene características compartidas por muchas mujeres. Las mujeres

contemporáneas hemos vivido experiencias por primera vez y todas esas experiencias para el género tienen un significante político. Todo lo que es la primera vez para el género ha pasado por la vida personal de las mujeres; en otras palabras, mi primera vez desde la perspectiva de género lo es también para el conjunto de las mujeres. Esa condición de pioneras nos coloca en posiciones muy interesantes.

La primera de ellas es que en alguna medida y algunas experiencias somos inaugurales. Inauguramos espacios, formas de ser, actividades; no olvidemos que el siglo XX ha sido el siglo inaugural de actividades tradicionalmente consideradas masculinas en las que hemos incursionado las mujeres. El siglo XX es un siglo inaugural en los trabajos, en las actividades, las funciones, y los roles de las mujeres; pero también es un siglo inaugural en el posicionamiento político de las mujeres. Esto nos da una serie de connotaciones a las que hemos sido y seremos pioneras en algo.

¿Qué es ser pionera?. Ya dije que es ser inaugural pero con otras características. Implica tener fuerza para pasar el trance inaugural, fuerza personal y en alguna medida, fuerza social para vivirlo. Implica tener capacidad creativa, imaginación, capacidad de aprendizaje y desde luego, una gran asertividad; es decir, conseguir nuestros fines aunque los demás no estén de acuerdo, aunque no sean legítimos, aunque no valgan, aunque haya oposición al hecho, contrariedad, suspicacia, hostilidad. Ser asertivas implica enfrentar todos estos retos; y las pioneras han tenido que enfrentarlos. Por ejemplo, ser la primera en tener dos criaturas dentro de una familia donde la costumbre es tener siete; gran cantidad de mujeres en América Latina han sido pioneras demográficas, pioneras de su vivencia, de su fecundidad, y han tenido que enfrentar la hostilidad la reprobación y el rechazo. Las primeras que se divorciaron, las primeras separadas, las primeras que migraron de su familia, las primeras que accedieron a un puesto político, las primeras que tuvieron un cargo de dirección en su partido político, las primeras que se lanzaron a formar parte de grupos de mujeres, a inventarlos.

Hay muchas formas de ser pioneras e inaugurales. Esa es una marca identitaria de las mujeres contemporáneas y prueba que los cambios de género se dan en concreto. Es una evidencia histórica sobre todo para muchas mujeres que afirman que nada ha cambiado. Una hace la historia y ve que en su propia vida ha habido cambios impresionantes, algunos no tienen que ver con cambios importantes de género, pero otros sí. Tenemos que analizar el hecho de ser pioneras como uno de los rasgos de identidad colectiva.

La segunda característica es ser pioneras en cuanto a cambios de género que permiten el adelanto de las mujeres aunque vivirlos haya sido difícil –cómo no iba a ser difícil si éramos pioneras, si no estaban legitimados, si había que inventarse la manera de hacerlo–. Para impulsar liderazgos de nuevo tipo entre las mujeres tenemos que identificar este rasgo de ser pioneras. Por ejemplo, si son pioneras en el liderazgo, eso las coloca en otra posición a que si los liderazgos son más o menos normales; todas las lideresas que irrumpen como lideresas pioneras enfrentan dificultades inmensas. Y a veces sucede que las pioneras que abren camino encuentran desprevenido al orden social y eso se puede volver un hecho a su

favor porque no habían reacciones hostiles y no se sabía lo que iba a pasar; al contrario, pueden contar con apoyo y aliento porque la comunidad, el grupo, la familia o la institución, sienten que ese paso les favorece. Entonces, muchas pioneras han contado con apoyo, con sustento, con acogimiento y acompañamiento, porque en su hecho concreto se estaban realizando anhelos colectivos. Es decir que una clave para apoyar los liderazgos nuevos es haciendo que correspondan con anhelos colectivos.

Es posible entender que podemos preparar el camino antes de lanzar a las mujeres a enfrentar obstáculos, y podemos hacerlo sensibilizando, convirtiendo las necesidades de las mujeres en necesidades colectivas y luego en intereses políticos, institucionales, de los partidos políticos, de las organizaciones, de los movimientos, de todas las instancias de la política tradicional.

Entonces, aprovechar la condición de pioneras puede ser muy interesante. Hay una película que me conmueve siempre. Es un documental sobre la primera niña negra que entró custodiada por la policía del FBI a su escuela en el sur racista de los Estados Unidos. Ahí hubo muertos, incendios, matanzas, kukuxklanes, una enorme y polarizada lucha racista en Estados Unidos. Y el movimiento de los derechos civiles logró primero el derecho a la educación mediante las leyes, pero todavía la gente estaba en contra y esa niñita negra, con su vestido blanco, albo, sus calcetines blancos y un gran portafolio, entra a la escuela custodiada por agentes de seguridad. Esa fue una pionera en medio de la muerte, la hostilidad, la rabia, la amenaza y el peligro, pero tuvo un sustento social. Fue la primera, la única mujer en esas condiciones. Todas las demás fueron atrás en su camino, no tuvieron que vivir eso, aunque probablemente les tocó vivir oprobios terribles porque ya los ánimos se habían exacerbado y había mucho odio criminal, racista; probablemente las escupieron e insultaron más.

Una mujer pionera no es la única, muchas de las que van detrás también son pioneras; todas estamos recién llegadas a muchos espacios, en cierta medida tenemos la marca de ser pioneras, muchas de nosotras sentimos no pertenecer a los espacios, que no son nuestros y no estamos cómodas porque cargamos subjetividad de pioneras. Tenemos que trabajar profundamente para eliminar la inseguridad de ser pioneras, el sentido de pertenencia, por una parte, y por otro, también tenemos que trabajar para reconocer la legitimidad de lo que hacemos. Que lo que hacemos sea legítimo y que pertenecer al espacio en el que estamos son dos claves importantes de los liderazgos.

Aprender de los modelos: las mujeres memorables

Otra característica importante de las pioneras es que a veces, ideologizadas, pensamos que las mujeres no tenemos modelos, que como somos inaugurales no sabemos cómo hacer las cosas. Pero no sabemos por ignorancia. Hay mujeres que nos han antecedido y podemos aprender de ellas observando cómo han hecho las cosas. Esto de que no hay más modelos que los masculinos para mí es una gran mentira que debemos derrumbar dando a conocer los procesos del liderazgo de mujeres, tenemos que conocer las historias de las lideresas y difundirlas.

Tengo un juego de cartas muy bonito sobre lideresas de todo el mundo con una pequeña biografía. Les propongo hacer uno similar para el año 2000, para regalarlo a una ONG, a una institución gubernamental, a una agencia, o a alguien. Ese juego puede recoger a lideresas nicaragüenses en las que se reconozcan mujeres de todas las corrientes políticas de este país, de los distintos niveles económicos, grupos étnicos y raciales, de cada una de las edades y de todas las condiciones significativas; hasta les puedo sugerir que se llame "la colección de las lideresas entrañables".

Podemos pedir permiso a Tashlima Nasrhin para que nos preste su foto, o le pedimos permiso a la premio Nobel de la paz; podemos hacer un universo simbólico de las mujeres modelos, pero no son modelos para armar de los de Julio Cortázar, son modelos para vivir. ¿Les gusta la idea?. Sería un proyecto precioso para un regalo del año 2000. Quise introducirles la idea de lo lúdico porque también nos gusta jugar, y hasta podemos invitar a unos colegas para que vean, se interesen y aprendan que hay mujeres importantes para nosotras y para ellos también. Y vamos a ver si no tenemos modelos. Claro que tenemos modelos, y no quiere decir que vamos a imitar lo que viven esas mujeres, vamos a aprender. Aprender no quiere decir asimilar todo acríticamente.

Bien, otra idea es que leamos biografías de lideresas. En la antigüedad, cuando querían que fuéramos muy bien portadas, castas y santas, nos daban a leer historias de santos, teníamos que saber la historia de alguna santa. Ahora necesitamos leer biografías de mujeres modernas que han escrito autobiografías; creo que toda lideresa, incluso la más pobre, debe tener en su librero la biografía de otra mujer que ha liderado algo en su vida, un libro en el cual mirarse. Va otra propuesta: a las lideresas pobres regalémosle la biografía de una lideresa como presente de Navidad.

Podríamos hacer un buen negocio de libros, podríamos impulsar a la que vendiera los libros, una cooperativa, y además dotar a una lideresa de un libro. Millones de lideresas no tienen un libro en su casa. Inauguremos el 2000 tomando uno de los recursos de la modernidad que son los libros y regalémosle un libro a cada lideresa para que pueda leer una historia. Escojamos un liderazgo que ha hecho cosas importantes por las mujeres. ¿Les gusta un regalo de esos?. Hay biografías de lideresas que son un lujo. En este momento me recuerdo de las lideresas negras, especialmente una de ellas, Angela Davis, que ha sido una lideresa muy interesante. Ella tiene una autobiografía que es un lujo de detalle y que puede hacer las delicias de un círculo de lectura entre mujeres, después lo podemos ampliar con unos amigos invitados, podemos hacer lectura en voz alta de la vida de estas mujeres.

También podemos hacer concursos literarios, como recibir el 2000 con la biografía de una memorable. "Haz la biografía de una mujer memorable": se nombra un jurado con mujeres escritoras, lideresas en la escritura, se convoca, se da un premio y se promueve la escritura y la memoria de las mujeres en torno a los liderazgos.

La especificidad del liderazgo

Todo este tema está relacionado con metodologías políticas para fomentar la memoria y la conciencia de los liderazgos. Otra característica de los liderazgos es

que necesitan corresponder con los ámbitos específicos de su desarrollo. No hay lideresas abstractas, sino insertas en los procesos, por lo tanto, necesitan corresponder con sus ámbitos; por ejemplo, las lideresas deben saber, aprender, desarrollarse como lideresas en la sociedad civil si su ámbito es el de la sociedad civil; deben aprender los lenguajes, los códigos, las maneras, conocer las agendas de la sociedad civil para ubicar en ellas su liderazgo y sus formas de hacer política. Las lideresas que son gobierno tienen que asumir que son gobierno, que liderean desde el gobierno, que tienen el derecho y que es legítimo el liderazgo desde el gobierno, que tiene sus códigos, sus lenguajes, sus espacios y que requieren ser reconocidos en su especificidad. Subrayo el tema.

Los liderazgos de las mujeres requieren ser reconocidos en su especificidad; no basta que sean asumidos por quien lidera sino que deben ser reconocidos en su especificidad. A veces tenemos visiones muy sectarias sobre las mujeres lideresas y no reconocemos la posición que ocupan algunas porque son de un partido político que no es el nuestro, de un movimiento social que no es el nuestro o no las reconocemos porque están colocadas en una posición que nosotras no consideramos importante. Cada una debe asumir su liderazgo específico donde está y al mismo tiempo debe ser reconocida por las demás en su especificidad. Es una relación de doble sentido. A veces pretendemos que las mujeres que ejercen liderazgos gubernamentales lo hagan como si fueran del movimiento estudiantil.

Es imprescindible que las legisladoras legislen. Conocemos casos dramáticos de legisladoras que no pueden legislar porque se salen a la calle a manifestarse, creen que son imprescindibles en la manifestación; pero en realidad son imprescindibles haciendo leyes, y si les sobra tiempo pueden irse a la manifestación. Las lideresas académicas tienen que ser lideresas académicas, tener el pensum, el lenguaje, la formación, los títulos y ser reconocidas así. Me impresiona mucho cuando a una compañera que tiene muchos méritos políticos y académicos la bajamos y solamente decimos que es una compañera para significar que es una de nosotras. No, no es una compañera más, es la compañera que es y su trabajo le ha costado; entonces, es muy importante que en el reconocimiento de los liderazgos académicos reconozcamos los méritos académicos, y también reconozcamos los méritos de los liderazgos políticos o legislativos, organizativos, o de implementación de programas concretos.

Ocurre frecuentemente que en la evaluación política que hacemos de las lideresas les exigimos hacer cosas que no pueden y no deben hacer. Hay algunas personas que, después de haber logrado que las lideresas se posicionen, quisieren verlas a pie, descalzas y con la base. Esas son visiones populistas y sectarias. Necesitamos entender qué significa cada espacio, cada micro cultura, cada subcultura, y entender a las mujeres en correspondencia con su entorno. Con esto quiero decir que en el imaginario político tenemos fantasías de liderazgos totales y no aceptamos la especificidad de las lideresas, las comparamos con una fantasía que tenemos en la cabeza, y a veces es una fantasía muy especializada del liderazgo que no corresponde con otros liderazgos.

Es importante, que podamos darle una marca específica a nuestra participación y sobre todo a la participación política en el liderazgo. Una marca específica que no

consiste en poner una flor sobre nuestro escritorio; es decir, no se trata de marcas de feminidad formal, sino de dejar marcas políticas de liderazgos de las mujeres. Y aquí las mujeres necesitamos preguntarnos si vale la pena tanto esfuerzo para hacer lo mismo o menos que los hombres. Es una pregunta durísima pero importante. La puedo hacer de otra forma: ¿Para qué queremos estar en esos espacios, si vamos a hacer las mismas políticas tradicionales?, o ¿Para qué queremos ser juezas si vamos a tener criterios de justicia autoritarios?, ¿Para que queremos ser lo que sea en los liderazgos si no vamos a llevar una visión innovadora, alternativa y también unas formas de hacerlo diferentes políticamente?.

Nosotras siempre, y aquí sí deberíamos usar el siempre porque es una propuesta política, deberíamos saber que somos observadas como nosotras mismas. A cada una se la evalúa en su persona, pero al mismo tiempo se la ve como representante de las mujeres. Es decir, que tenemos una representación simbólica de género aunque no nos lo propongamos; cada cosa que hacemos ilumina el conocimiento sobre las mujeres, cada actitud, cada actividad, cada hecho se usa como ejemplo del conjunto de las mujeres, sobre todo quienes no tienen conciencia de género. Si una mujer política se equivoca, nos equivocamos todas, y los prejuicios contra las mujeres aumentan. No se evalúa sólo a esa mujer sino a todas; también se refuerza el valor de que se equivocó por ser mujer. Aun las mujeres que pretenden ser agenéricas, que se consideran sin género, que eso no pesa, que no marca, o que son neutras, son percibidas como mujeres individual y colectivamente. Entonces, la perspectiva de representar simbólicamente a las mujeres puede ser interesante para nosotras.

Quiero agregar otra cosa. Esa representación simbólica no nos acredita para ser representantes políticas de las mujeres. Parece fácil, pero frecuentemente confundimos la representación simbólica de género con la representación política. Muchas mujeres políticas hablan en nombre de todas las mujeres; peor todavía, hablan a nombre de conceptos abstractos. Por ejemplo, una lideresa, imaginemos que es una lideresa del sindicato de tranviarias, o una lideresa telefonista, y en vez de hablar de su liderazgo como dirigenta de la sección cuatro del sindicato local de telefonistas, toma el micrófono y habla a nombre de la mujer nicaragüense. En primer lugar, eso no existe, la mujer nicaragüense no existe más que en la cultura patriarcal, es un simbólico patriarcal. En segundo lugar, cree que al hacerlo se empodera de todas, tiene la verdad absoluta y entonces puede hablar legitimada por todo el género.

Una clave para construir liderazgos diferentes es que podemos hablar a nombre del género sólo a condición de hablar de las mujeres particulares, referir el liderazgo a la propia identidad y a los propios soportes sociales y políticos de ese liderazgo; pero es típico de ciertas ideologías crear conceptos abstractos y hablar a nombre de otros. Para que vean, quiero contarles que me invitaron a impartir un curso en España, les planteé una propuesta y me contestaron que les encantaría pero que quieren un curso a nombre de la mujer latinoamericana; ya se imaginan que la contestación fue casi un libro: porque yo no soy la mujer latinoamericana, porque eso no existe, etc. Mis conferencias versan sobre la diversidad, sobre como las latinoamericanas somos diversas, quienes somos y como podemos aterrizar esos conceptos abstractos que invisibilizan a las mujeres concretas.

Es fundamental que en la política podamos referir nuestra propia identidad como sustento de lo que hacemos, en primer lugar; y en segundo, conectar ahí lo que nos vincula con nuestras semejantes. Pero tenemos que estar claras que no somos las mismas. Somos diferentes y políticamente no podemos representar a quienes no nos han designado para ello, esa es otra clave política de los nuevos liderazgos. Las mujeres necesitamos crear mecanismos de designación que permitan legitimar los liderazgos, pero no podemos pretender representar a la totalidad de la categoría social porque somos mujeres, campesinas, o médicas. Solamente podemos representar a quienes nos designan sus representantes políticas, y esto inaugura una dimensión muy importante de la ciudadanía de las mujeres, la representatividad política legítima. Para eso se requieren procesos democráticos de cambio.

Los nuevos liderazgos tienen otra característica importante. Necesitamos reconocernos públicamente unas a otras. Esa es una acción política pública, una acción afirmativa entre nosotras. Se acuerdan de las políticas de acción afirmativa, han hecho políticas de acción afirmativa, de acción positiva?, ¿conocen el concepto?. Lo voy a ampliar cuando hablemos de equidad, pero las políticas de acción afirmativa son un conjunto de políticas públicas de acciones concretas, públicas o privadas que hacemos unilateralmente a favor de las mujeres. Cuando planteo que nos reconozcamos públicamente se trata de hacer conciencia sobre la necesidad de visibilizar entre nosotras mismas, unas a otras; pero también, la necesidad de valorarnos, de legitimarnos. Ese conjunto de fenómenos forman parte de una necesidad política de las mujeres.

Muchas mujeres que no están formadas en la visión de género, que no vienen de procesos de lucha de las mujeres, tienen otra necesidad política prioritaria: ser reconocidas por los hombres. Para muchas mujeres la prioridad ha estado en que sean los hombres quienes las valoren, quienes las reconozcan y los que dignifiquen su palabra. Estamos en un punto en el cual debemos reconocer la necesidad de avalarnos entre nosotras como parte de la legitimación entre mujeres. Porque cuando nos gana la parte tradicional y patriarcal tenemos la tendencia a no reconocer a las otras mujeres. Muchas veces no nos damos cuenta, no somos conscientes de los mecanismos de negación, invisibilización o desvalorización que aplicamos pero lo que hacemos finalmente, es no reconocernos. Entonces, los liderazgos femeninos deberían desarrollar una forma de trato y reconocimiento entre nosotras; si lográramos establecer esto como una pauta mínima de comportamiento podríamos politizar positivamente los liderazgos de las mujeres.

Además, con lo distintas que somos, con lo que nuestra personalidad debe estar en todo lo que hacemos, también necesitamos crear un estilo más allá de los lenguajes complejos y profundos; sino lo que llamamos en antropología, "las maneras" , formas, estilo, una estética política. La mayor parte de las pioneras desarrollaron una estética política masculinizada y casi tuvieron que disfrazarse de hombres para ser reconocidas y aceptadas. Asumieron formas de hablar, gestualidades, maneras de mesa y de discurso muy masculinas, tuvieron que experimentar una especie de mimetismo político en el estilo; y eso le ocurrió incluso a mujeres maravillosas y entrañables, luchadoras por los derechos de las mujeres. Las pioneras tuvieron que hacerlo, pero nosotras, mujeres de finales del siglo XX, ya no tenemos que hacer eso. Ya es hora que nos quitemos de encima el enorme

peso de parecernos a los líderes, de tener que hablar con gritos destemplados como hacen muchos líderes masculinos, de tener que ser hostiles, tener que ser agresivas, y encontrar en otras formas de asertividad las de afirmarnos una estética, un código de comportamiento. Eso forma parte del avance político de las mujeres porque las formas cuentan mucho y expresan contenidos estructurales. Por eso debemos desmontar la masculinización que hemos tenido que asumir para estar en los espacios públicos y volvernos hacia las mujeres que están en otras posiciones, que no han sido tocadas por ese mimetismo y observar como le hacen, como logran ser asertivas, aprender de ellas.

Una estética política nueva

Este tema está relacionado con la estética, que es el conjunto de estilos, de lenguajes y formas a través de las cuales nos comunicamos, hacemos, accedemos, luchamos, avanzamos, regresamos, todo lo que tenemos que hacer. La estética está ligada fundamentalmente, a lenguajes, tenemos que desmontar los lenguajes masculinizantes y machistas; pero también tenemos que desmontar los lenguajes tradicionales de género. Cito un ejemplo de lenguajes visuales, hace poco me llegó una revista impulsada por un grupo de mujeres entrañables en México, llegaron orgullosas porque tenían cuatro números donde habían desarrollado todas las acciones políticas en una región del país para el avance jurídico de los derechos de las mujeres; contenían investigación periodística, historias de casos, entrevistas con juezas, jueces, diputados, leyes, era una cosa maravillosa. Pero la portada de las revistas parecía la de cualquier otra, como Playboy sólo que las mujeres iban más vestidas.

Todo el imaginario de la revista. Por dentro contenía una estética subversiva porque había además, fotografías con fragmentos de cuerpos de mujeres, pechos, pubis, rodillas, nalgas, ojos. Y de la misma forma existen cantidad de revistas producidas en el espacio simbólico del movimiento de mujeres con una gran dificultad para crear una nueva estética y en la búsqueda hacen cosas muy semejantes a la estética tradicional.

En el caso que les cuento, les pregunté a las compañeras el por qué de esa estética, y me respondieron que de otra forma no se vende. A las mujeres siempre nos han dicho eso. Siempre hemos sido vendidas como cosas en el mercado. La que no enseña no vende, la que no es cosa no la ven. No se vale hacernos eso, tampoco masculinizarnos en el sentido del poder autoritario ni cosificarnos en el sentido de la estética tradicional de las mujeres. Es complicado pero tenemos que inventar otras cosas, otras maneras; las mujeres no debemos ser objetos de adorno. Cantidad de revistas son ilustradas con fotos de mujeres y no es para dar a conocer sus vidas o sus historias sino como ilustración. Una gran cantidad de panfletos, boletines y trípticos nuestros están ilustrados con mujeres. Me parece que no, nuestros temas son múltiples y con ellos podríamos desarrollar una creatividad artística enorme y no seguir poniendo a las mujeres como objeto estético imaginario.

Otra estética de la que debemos salir es la estética infantilizadora de las mujeres, por ejemplo, muchas veces se ilustran materiales para las mujeres como si fueran

niñas. Hay una estética infantilizadora de la comunicación con cartillas o programas sobre los derechos de las mujeres con muñequitos y muñequitas, cosas infantiles que verdaderamente las reducen a la infantilidad. Tendríamos que crear una estética compleja aun para transmitir ideas muy sencillas y concretas. Esas construcciones simbólicas no alientan ni fomentan una transformación en la cultura de los liderazgos de mujeres; necesitamos una nueva estética en el comportamiento y en la forma con la personalidad de cada quien. Por eso las búsquedas e innovaciones son fundamentales.

Fundar el liderazgo en la ética

Finalmente, la clave con la que quiero redondear esta parte es que necesitamos un sentido ético para los liderazgos, junto con la estética tiene que haber una ética. Y una ética es el conjunto de valores que proceden de nuestra filosofía. Requerimos una ética para fundamentar los liderazgos de las mujeres, para construirlos, una ética para la acción política. Son varios niveles. Ahora bien, no es que construyamos valores para cada caso, sino que tengamos un puñado mínimo de ellos. Se trata de una ética minimalista en la que podamos confluir la mayoría de nosotras.

Entonces, la ética del liderazgo femenino tendría que corresponder con la ética de la política de las mujeres. Hay muchas políticas en torno a las mujeres, con ellas y contra ellas; pero aquí nos ubicamos en una ética a favor de las mujeres con todos los elementos que mencioné antes: legítima, –es legítimo estar a favor de las mujeres– ; necesaria, es una necesidad. Además, estar a favor de las mujeres es una manera de impulsar sus avances; de eliminar, en parte, la contradicción interna de muchas de querer avanzar pero sin estar a favor de las mujeres. Es más, muchas de las que no vinieron tampoco están a favor de sí mismas. La ética feminista para el liderazgo de las mujeres necesita que cada mujer esté a favor de las mujeres, y también a favor de sí misma.

Las consecuencias políticas de este hecho son muy importantes porque necesitamos inventar las formas para que no sea antagónico estar a favor de una misma y a favor del género, o a la inversa. Que el estar a favor de las mujeres redunde en estar a favor de mí misma no siempre se logra, al contrario, muchas veces implica conflictos para cada mujer. Están claras las razones para luchar por la causa, pero no lo que tiene que ver conmigo, o a la inversa. Está claro que haciendo me promuevo, logro, avanzo, pero no me importa lo que pasa con las demás. A esa armonización, le llamamos conciencia feminista de género. Lograr equilibrar y ajustar el estar a favor de una misma, de la causa y además, a favor de otras mujeres, son tres niveles distintos de algo que he llamado "la sintonía de género". Estar a favor de mí misma, estar a favor de la causa de género como causa política, cultural, simbólica, pero también, estar a favor de las mujeres concretas.

A veces queremos que la causa de las mujeres avance, pero nos oponemos a las mujeres específicas; en otros casos, apoyamos a mujeres específicas, pero no estamos de acuerdo con el avance legal de las mujeres, o que haya políticas de género a favor de las mujeres.

Las contradicciones de las mujeres contemporáneas son múltiples. Aprobamos una parte pero no aprobamos sus concepciones. La sintonía de género es la posibilidad de estar de acuerdo con, a favor de. Es una posición política que redunda en una estética, en desarrollar cada una la tendencia de estar a favor, desarrollar la sensibilidad para estar de acuerdo. Si cada una de nosotras logra desarrollar esa disposición subjetiva podemos entrar en sintonía con otras mujeres; sintonizamos entre nosotras, conmigo misma y con la causa. Es un estado subjetivo que se puede convertir en una forma de ser. Al principio cuesta trabajo y pensamos que cómo vamos a hacer para estar de acuerdo o sintonizar, si lo que hemos aprendido es a no estar de acuerdo, a desentonar, a oponernos, a demostrar combatividad no estando de acuerdo. Es un viraje de 360 grados que debemos impulsar en la cultura política de las mujeres. Necesitamos impulsar la posibilidad de la concordia, con el corazón, del acuerdo afectivo.

Pero las modernas hemos aprendido a disentir ideológicamente y dejar para después la concordia o supeditar la concordia a la afinidad ideológica. En el proceso, comenzamos con hacer el viraje de ubicar la concordia por empatía de género, y luego buscamos el acuerdo intelectual, ideológico y de otro tipo. Este es un viraje de identidad en las mujeres y un cambio en la condición política de género fundamental que no depende de otros; cuando tengo el problema colocado en mi conciencia ya solamente depende de mí.

Necesitamos llevar a la conciencia de las lideresas la posibilidad de la concordia; que aparezca en sus conciencias como una posibilidad que a lo mejor no han visto, que no han percibido porque creían que sólo se podía ser discordante para ser afirmativa, entonces dependerá de cada una si opta por la concordia o sigue en la discordia. Para sintonizar necesitamos priorizar la concordia de género.

Dos lugares de la crítica posmoderna

Pienso que la posmodernidad no es única sino que hay distintas corrientes pos modernas. A lo largo de este curso me han escuchado hacer una crítica posmoderna de la modernidad desde una posición; otras lo hacen desde otro lugar. El feminismo como cultura tiene varias características: uno, que es moderno porque sólo pudo surgir en la era de la modernidad; dos, que está configurado sobre todo por mujeres en parte premodernas, que aspiramos a ser modernas y que tenemos en parte, la modernidad; tres, que todas nosotras somos posmodernas porque es una corriente crítica de la modernidad. Entonces, algunas hacemos una critica de la modernidad porque suponemos posible que también abarque a las mujeres, a todas las personas excluidas y a todas las regiones deterioradas y devastadas del mundo. Esa es la propuesta.

Hay otras corrientes que no piensan lo mismo y hacen una crítica posmoderna de derecha, nihilista, antihistórica y suponen que estamos viviendo el "fin de la historia". Antes me referí a eso y dije que no estaba en esa posición, que frente al desaliento, la desesperanza y la devastación neoliberal había opciones distintas.

Sé que hay otras concepciones y otras corrientes, pero también estoy convencida que hacemos cosas diferentes; no todo lo posmoderno es de derecha. No todo es el desencuentro, la desolación, la desesperación, el nihilismo y la desesperanza. No tengo una esperanza idealista, tal vez tengo una esperanza concreta y tópica porque vivo con mujeres que están cambiando el mundo todos los días con las manos, la cabeza y el corazón; entonces no puedo ser desestructuradora, no puedo apostarle al desencuentro. Al contrario, reivindico que siendo tan diferentes podemos tener puntos de encuentro que nos permiten identificarnos y avanzar.

Me parece dramático observar cómo en los encuentros feministas, en esos pequeños espacios tan interesantes, se produce una terrible confrontación entre mujeres que queremos algo en común; entonces yo trabajo todos los días para que seamos capaces de encontrar ese algo común. Es lo que hago desde hace 30 años, todos los días. No tengo la disposición, el ánimo y tampoco el estilo de confrontar o descalificar lo poco que vamos construyendo. Es un derroche terrible, un daño muy grande.